

Tantas cosas se disputan actualmente: la atención de las gentes, que lo de menos van siendo las cosas mismas, y lo de más el modo de ponerse a uno por los ojos ó por las narices. En esta delicada tarea trabajan sobre todo los comerciantes; á renglón seguido vienen los profesionales, comerciantes también; y muy luego los que, pues que tienen á todo trance que vivir, se les podría llamar vividores, si es que no prefieren el mote de vivos. Si todo el ingenio derramado en discurrir etiquetas y leyendas para ensalzar maravillas curativas, comestibles, suntuarias y domésticas, se hubiese consagrado á mejorar lo existente en esos y otros órdenes, acaso no se embadurnarían las paredes y las páginas de los papeles públicos, como se hace, con altos fines siempre, según rezan los tales y según algunos lo creen.

Si el lector de los carteles aludió tomase al pie de la letra cuanto en ellos se consigna, habría que suponer que ha llegado para nosotros el día de comer por poco menos que nada; de vestirnos, sin gastar un cobre; de hacernos propietarios de terrenos por una bicoca, amén de lo fácil que nos resultaría quedar como nuevos si de viejos nos estamos cayendo, según lo prometen eminencias que, si me apuran mucho, diría que no han visto ni pintado un billete de cien pesos.

La lucha en que vive empeñado el hombre de negocios explica y hasta justifica la gran cantidad de expedientes que gasta para asegurar la salida de su mercancía. En ese terreno, el que no corre, vuela, y no están los tiempos ni está el comercio para detenerse en repulgos de empanadas ni escrúpulos de confesonario.

Es así cómo Buenos Aires podría llamarse, si no dispone usted otra cosa, la ciudad de los carteles, tan abrumadora es su abundancia... é iba á añadir tan pintoresca, si no me disgustase su difusión. Por lo visto, no alcanzan para colmar los legítimos anhelos de los importantísimos comerciantes que nos ayudan á comer, vestirnos y hacernos dueños de casas *sin el menor desembolso*, la gran publicidad de los periódicos—en los cuales casi todo es de ellos (y sea por muchos años, pues precisamente por eso puedo yo cobrar estos articulejos) y, la verdad, amigo, lo de que las paredes de mi vivienda, ó de la suya, vengan á convertirse en anunciadoras y propagandistas de los prodigios de marra, ¡vamos! no me parece del todo bien.

Las autoridades han intentado ya, creo que sin el menor éxito (como ocurre de cien veces noventa y nueve), suprimir los llamados letreros luminosos con que algunas personas exornan el frente de sus comercios. Y como de costumbre, ha salido á relucir la palabra *estética*—también mal empleada de cinco veces, cuatro—á la que se considera vilipendiada, apabullada y hasta echada á perder lastimosamente. Yo, concejal, votaría sin el menor reparo por la conservación de dichos anuncios, y para fundar mi voto establecería, con la menor cantidad posible de elocuencia, á fin de que me en



tendieran, el contraste ofrecido por ese sistema con el de los aludidos carteles; y aun llevaría á mis respetables colegas en jira de inspección por la metrópoli, para mayor abundamiento. Suponiendo que sea la *estética* lo que en este punto salga perdiendo, á buen seguro que no habría medio de ponerla en cura así, de inmediato, tanto es lo que la pobrecita resulta ofendida por el prurito *reclamista*. Esto, en lo que respecta á los papelotes en sí, que en cuanto á lo que suelen decir, ¡Dios me asista! señores, es de mucho cuidado.

Yo no puedo, ni quiero, ni... no, si debo, ¡ay! aunque menos que algunos que no lo dicen—ni quiero, etc., decía, oponerme, v. gr., á que los entusiasmos apologeticos de índole política salgan á tomar sol á la vía pública en forma de carteles; pero diré sin empacho que he encontrado muy pocos escritos con la decencia sintáctica y gramatical necesaria, ya sea por oficialismo de más ó por cultura de menos. Y no lo digo porque me importe un rábano ó un empleo el asunto; pues en este caso diré lo que acuel famoso artista español, quien haciéndole uno de esos reportajes que tan en moda están, le preguntaron cuál era el color de la predilección: —Todos me gustan—respondió el interrogado; no queriendo ofender á blancos ni á colorados.— todos me gustan menos el color político.

Yo, desde que cierto seudo personaje, con más fortuna que talento, me limpié el comedero, sin duda porque no aplaudía á voz en cuello sus tendencias cívicas, ó porque no me humillaba como lo hacen los que le rodean, he resuelto no decir esta boca es mía—y así me empalmen seguiré callado, resulten rey ó Roque los ungidos del nefasto hado... que ustedes saben.

Bueno... ya sé que esto no tiene nada que ver con el asunto que me hizo *palusar la péñola*. Lo cual podría llamarse, en latín clarísimo, pero discreto, *minipere extra testaceum*—salvo venia de los felices cultivadores del clásico idioma de Cicerón, Salustio y Nebrija.

Puede que la necesidad de explotar los procedimientos anunciadores haya convertido en artistas á algunos de sus sacerdotes; pero son tan escasos los ejemplares de esta categoría, que es natural que pasen inadvertidos en medio de esa balumba de avisos en que exaltan sus adquisiciones ó sus descubrimientos la mayoría de que en abigarrados contornos exhiben sus aptitudes para conquistar las glorias de Praxiteles y Murillo.

Hoy hasta en el aire, ora inmóviles, ya columpiándose levemente á impulsos de venticillo sutil, suelen verse grandes carteles con no menos grandes letras, en los cuales el lector encuentra promesas de fortuna, alegría, bienestar... y de vez en cuando un tropezón que le deja tiritando.

Porque, amigo, si la felicidad sueña andar por las nubes, los obstáculos todos *vía* se encuentran aquí abajo.

PATER.